

Libros

Tras el despliegue de talento narrativo que supuso 'Las efímeras', Pilar Adón vuelve a la prosa con un libro de relatos, 'La vida sumergida', publicado como el anterior por Galaxia Gutenberg

PILAR ADÓN

«Escribo sobre lo cotidiano desde un punto de vista nada cotidiano»

Alejandro Luque

► Con Pilar Adón (Madrid, 1971) nunca se sabe qué es lo próximo. ¿Un nuevo poemario? ¿Otra traducción? ¿Será un libro de cuentos como *El mes más cruel*, será una novela? Esta vez han tocado cuentos. Tras el despliegue de talento narrativo de *Las efímeras*, la escritora vuelve con *La vida sumergida*, y reconoce que ambos libros están conectados, además de haber visto la luz ambos en Galaxia Gutenberg. «*La vida sumergida* surgió mientras escribía *Las efímeras*, así que hay mucha relación entre los dos libros. Ya me lo ha dicho algún lector, que se nota que los paisajes, los ambientes, hasta los personajes de *Las efímeras*, están presentes aquí. No es extraño porque tardé más de 10 años en escribir *Las efímeras* y, mientras, iba escribiendo estos cuentos».

Sobre las piezas reunidas en este volumen, afirma que «están escritas muchas veces en lugares distintos, fuera de mi casa o del lugar en que escribí *Las efímeras*, pero mantienen el ambiente y la intención. Son cuentos cerrados, que nacieron con la intención de ser historias con principio y final, no retales». Lo que no se le puede negar a Adón es lealtad al género: «Mi primer premio literario, en RNE, lo gané a los 18 años, y fue con un relato. Desde entonces no he dejado de escribir relatos, y dos de los libros que más han gustado y que mejor acogida han tenido han sido de relatos, *Viajes inocentes* y *El mes más cruel*. Me gusta escribir relato. Me da muchísima libertad. Me lo paso muy bien. Esa definición yo también la usaría para mis novelas. Y para mis poemas».

Definida a menudo como fotógrafa de estados de ánimo, Adón admite que «me gusta tanto describir ambientes, situaciones concretas, estados de ánimo, que la trama pasa muchas veces a un segundo plano muy evidente. No me parece necesario el movimiento ni el dinamismo a la hora de contar una historia. Me suele poner muy nerviosa que estén pasando cosas constantemente en un cuento o en una novela. Me gusta más la quietud».

La autora siempre aborda «lo cotidiano desde un punto de vista nada cotidiano, desde un punto de vista lateral, nada frontal. Me gusta hablar de familias, de casas, de personajes que se encierran en esas casas y que leen, y que observan y piensan y planean cosas que nunca van a hacer. En este caso, además, vuelvo a incidir en la violencia. La de la naturaleza y la de los seres que han de defenderse



La escritora Pilar Adón. / Luis Niño

«Me suele poner muy nerviosa que estén pasando cosas constantemente en un cuento o en una novela»

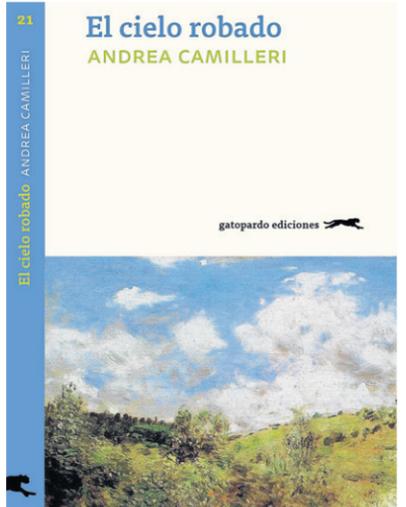
«Lo que nos une a los escritores de relatos hoy es nuestra absoluta diversidad»

del ataque de los demás para poder sobrevivir. Su manera de agresión es siempre una manera de defensa».

«Las casas son el refugio y la cárcel de los personajes», prosigue. «Les dan amparo y, a la vez, esa protección absoluta les hace débiles. Tan débiles, que sienten terror a salir. No es algo tan extraño como pueda parecer. Lo que nos protege nos debilita».

Admiradora de Fleur Jaeggy y de Ingeborg Bachmann, trata de mantener a raya a la poeta que habita en ella: «Los ritmos y las rupturas de la poesía los dejo para la poesía, pero la precisión de la palabra, intentar buscar el término exacto y no uno parecido, sí es algo que busco siempre, en relato y también a la hora de escribir novela», dice. Y sobre su generación, cree que «lo que nos une ahora mismo a los escritores de relato es nuestra absoluta diversidad. Es cierto que las lecturas de todos nosotros son parecidas, y siempre mencionamos a Chejov como influencia primera, por ejemplo, pero las influencias segundas y terceras van marcando tonos y temas muy distintos». ■

Recomendaciones



NOVELA

Andrea Camilleri / *El cielo robado* / Gatopardo Ediciones

¿Otro Camilleri? ¡Que pase!

A. Luque

► Alguna vez he expresado en estas páginas la sospecha o el temor de que Andrea Camilleri, ya nonagenario y casi ciego, haya acabado saturando su propio mercado gracias a una extraordinaria facilidad para lanzar libros como si fueran buñuelos. Y libros, valga decirlo, que no están nada mal: que entretienen desde la inteligencia, que enseñan cosas, que incluso nos sacan una carcajada de vez en cuando.

Nos pasamos la vida tentados de pedirle al autor de Porto Empedocle que cuelgue los guantes o al menos rebaje su ritmo estajanovista de producción entre montañanos, escritos más o menos autobiográficos, ensayos literarios o sobre temas sicilianos, etc. Y sin embargo, siempre nos sorprende con una nueva entrega que nos reconcilia con él y con su obra. Esta vez se trata de una novela que gira en torno a una de sus aficiones, la pintura -recordemos aquel homenaje a Caravaggio titulado *El color del sol-*, y que arranca con una especulación afín a aquellos *sucesos de historia literaria y civil* del maestro Sciascia.

¿Estuvo alguna vez Renoir en Agrigento, al sur de Sicilia? La pregunta, acompañada por cierta leyenda apócrifa, se canaliza a través de un hábil intercambio epistolar, historia de amor incluida, que de forma imprevista acaba cobrando tintes de ficción negrocriminal. Lo cierto es que el autor juega a su antojo con nuestra credulidad para llevarnos adonde quiere; y suele ser un lugar de gozo para el lector. No le estropearé al lector el placer de dejarse llevar por las habilidades de Andrea Camilleri, siempre un poco embaucador, siempre un poco genial, también. ■